

- "ge des prisonniers dominicains".— Folios 245 recto — 245 verso.— Volumen 12.—
- \* b) Carta (copia) sin núm., fha. (en Port-au-Prince) a 7 de mayo de 1844, del Secretario de Estado de Relaciones Exteriores de la República de Haití a M. Levasseur, Cónsul etc.— Respuesta a 58—a).— Folios 245 verso — 246 verso.— Volumen 12.—
- \* 58.—Carta, original, núm. 106, fha. en Port-au-Prince a 9 de mayo, de Mr. Levasseur, Cónsul etc., al Ministro de Negocios Extranjeros de Francia.— Le transmite detalles sobre la caída del General Charles Hérad — Rivière, Presidente de la República de Haití; sobre la elección del General Guerrier para este alto destino; y sobre la "situation présente d'Haïti".— Folios 233 recto — 236 verso.— Volumen 12.—
- \* 59.—Carta, original, núm. 107, fha. en Port-au-Prince] a 23 de mayo, de M. Levasseur, Consul etc., al Ministro de Negocios Extranjeros de Francia. Le transmite detalles acerca de la situación política de Haití, particularmente relativos a la caída del General Charles Hérad — Rivière, Presidente de la República, y a las negociaciones oficiosas entre Mr. Eustache Juchereau de Saint Denys, Cónsul etc., y la Junta Central Gubernativa del Este; etc.— Folios 248 recto — 257 recto.— Volumen 12.—
- \* 60.—Carta (copia) núm. 56, fha. a bordo de La Néréide, rada de Port-au-Prince, a 24 de mayo y a 8 de junio, del Contralmirante Alphonse de Moges, Comandante etc., al Ministro de Marina y de Colonias de Francia.—Le transmite informes relativos a la "séparation de la partie de l'Est" y a la "situation d'Haïti".— Folios 264 recto — 269 verso.— Volumen 12.—
- \* 61.—Carta, particular, original, sin núm., fha. a bordo de La Néréide, rada de Port-au-Prince, a 8 de junio, del Contralmirante Alphonse de Moges, Comandante etc., a M. Guizot, Ministro de Negocios Extranjeros de Francia.— Le da detalles del movimiento revolucionario iniciado en febrero último, en la parte del Este; manifiesta lo oportuno de un apoyo decidido de Francia a este movimiento; etc.— Folios 392 recto — 393 verso.— Volumen 10.—
- \* 62.—Carta, original, núm. 109, fha. en Port-au-Prince a 22 de junio, de M. Levasseur, Cónsul etc., al Ministro de Negocios Extranjeros de Francia.— Le transmite detalles de las negociaciones oficiosas entre la Junta Central Gubernativa del Este, de una parte, y, de otra, el propio Levasseur, el Contralmirante de Moges y Mr. Juchereau de Saint-Denys.— Folios 296 recto — 306 recto.— Volumen 12.—

(Continúa)

Licdo. Máximo Coiscou Henríquez

Antiguo Jefe de la Misión Oficial Dominicana de investigaciones históricas en los archivos europeos (1925-1931)

## Sobre Economía Social Americana

Por el Maestro Dr. Fed. Henríquez i Carvajal

No era necesario un ambiente claro i en reposo —heme dicho en acabando la lectura renovada— para leer este libro de Enrique Jiménez, en el ejemplar recibido i que luce una efusiva dedicatoria mui estimada por el destinatario. No era necesario —repito— porque el volumen sólo cuenta cien folios i sus páginas fueron escritas por él en horas de descanso hogareño, o tal vez diplomático, i a plena claridad meridiana. Hai luz en ellas, i no escasa, aunque haya sombras en el tema idóneamente dilucidado.

El tema es de actualidad evidente. El nerviosismo, angustioso, continúa en aumen-

to, i, si el sedante demora en surtir sus efectos, podría ese fenómeno patológico llegar a las fronteras de la locura. Ya el suicidio, a veces colectivo i acaso contagioso, se considera como un producto de ese fenómeno.

En las cláusulas del breve volumen —en las cuales alternan el análisis con la síntesis— el concepto social de la economía, imbuido de un manso i ponderado socialismo, priva sobre el concepto político no menos arbitrario que rehacio a la armonía del régimen social con el régimen jurídico.

Piensa bien Enrique Jiménez cuando piensa, con criterio sociológico, en la absolu-



ta necesidad del equilibrio económico en cada país i entre las naciones. La socialización de la economía es, quizás, la única solución racional i ética, definitiva, a los enmarañados problemas en malhora suscitados por el capitalismo absorbente. Urge, por eso mismo, reeducar al pueblo para que logre, cuanto antes sea posible, un cabal conocimiento exacto de los factores económicos i su valor específico.

Estos factores, o agentes naturales, no son iguales. La sociedad i el individuo son agentes activos. El capital i la tierra son agentes pasivos. Los primeros ocupan un primer rango en el plano de la producción de la riqueza. Los segundos ocupan, como factores auxiliares, un segundo rango en ese plano.

Servir es la palabra de orden o la palabra del siglo. Es o debe serlo. Esos factores deben servir, en una acción conjunta, sin que el capital supere a los otros ni los someta a su servidumbre. Al trabajo menos que a cualquier otro. Es triste cosa pensar o recordar que, en una serie de centurias, el trabajo era algo indigno i como una pena o como un castigo impuesto al siervo i al esclavo. Como era entonces un castigo, o una pena, ni el siervo ni el esclavo podían, con el trabajo, redimirse de la esclavitud ni de la servidumbre. Sólo el cristianismo, a su hora de piedad suprema, i la democracia, a la suya de igualdad entre los hombres, favorecieron la acción ennobecedora del trabajo humano. El capital, sin embargo, o sea don Dinero, continúa siendo el poderoso caballero.

Durante veinte años —desde 1895 hasta 1915— en mi cátedra de economía sustenté la primacía del trabajo sobre la tierra i la de la tierra sobre el capital: gran señor de la usura. En una de mis lecciones enseñaba:— “Los factores de la riqueza económica constituyen una familia. El trabajo, obra de la mente o del músculo, es el padre. La tierra es la madre. El trabajo la fecunda. El capital, producto del ahorro, es el hijo nacido de la unión necesaria del trabajo con la tierra”.

Alguna vez el capital es el hijo pródigo. Casi siempre ha sido —i sigue siéndolo— un mal hijo: un hijo desnaturalizado, que mantiene a su genitor en mísera servidumbre. Considerando los factores de la producción como integrantes de una familia —el padre, la madre i el hijo— el trabajo del músculo o de la inteligencia, o sea el hombre, queda libre i ocupa el primer puesto en el hogar económico. A la tierra se le atribuye el segundo i al capital el último. La valorización de los agentes económicos implica, necesariamente, la parcelación i la distribución equitativa de la tierra. Por tal modo se elimina el latifundio. El latifundismo, multimillonario i nepótico, es la obra maestra del capitalismo

i de la ingerencia extraña en interés i lucro del absentismo.

Otro elemento de la reforma en la economía social —tal como se exponía en mis lecciones— atañe a la acción cooperativa de los factores o agentes de la producción económica, sin privilegio ni monopolio. Ese es el tópico central de la reforma, en la economía social, al amparo de la equidad i la justicia, como lo exige el mandato previsor de la vida colectiva.

Enrique Jiménez, mi antiguo discípulo, expone i estudia en los doce capítulos de ese libro —o primer fascículo de su interesante monografía— los puntos conexos con la situación problemática creada a la economía del mundo por el capitalismo i la política del dólar entronizada en América. Su libro es un exponente fidelísimo de esa situación anormal i anómala. Es un estudio reforzado por la autoexperiencia de un antiguo colono. De su propia faena agrícola en fracaso —sin referirse a ella i ni siquiera aludirla— ha tomado el ex-colono i economista los datos que dan testimonio irrecusable de una observación personal, directa, i de su costosísima experiencia.

De ahí el doble valor social i humano de las ideas, educativas e innovadoras, sustentadas, cívicamente, en su apreciable estudio de economía social por ese desinteresado servidor de los intereses sociales. Este libro suyo, aunque pequeño en su volumen, pone de resalto el agobio de la crisis, sin solución hasta ahora, i señala orientaciones hacia un porvenir aun incierto i más o menos remoto. Prevé i provee. La provisión de hoy es, sin duda, provisión para mañana.

Leyendo sus páginas, en renovada lectura, surgen en mi mente algunas ideas no extrañas al tema dilucidado por Enrique Jiménez. Tales ideas se eslabonan con determinados fenómenos de la gran crisis que, perdurando en su período álgido, azota al mundo cual si aquella fuese una pandemia. Se refieren a la falta de trabajo por falta de dinero.

Ciertamente: con la depreciación de ese agente intermediario —especialmente en la mayoría de los países afectados directamente por la guerra mundial— prodújose un fenómeno i se cumplió una ley. El crédito quedó en suspenso. I el crédito es el oxígeno de la vida económica. Es un fenómeno de vida o muerte. I “la moneda mala desalojó a la buena”, según la ley de Gresham. Se ha cumplido, como consecuencia fatal, el complemento con que, en mi cátedra universitaria, solía poner de manifiesto el alcance de esa ley económica: —“i la peor desaloja a la mala”.

El problema cardinal, dentro de la crisis prolongada, atañe a la desvalorización de la moneda circulante. Oculto el oro, o puesto a



buen recaudo, con error evidente, la crisis del numerario, convertido en moneda mala o en la peor de las monedas, agravó la falta de trabajo, en daño de los sin empleo, i afectó a la producción en grado descendente, cada vez más limitada. Ese problema confronta dos opuestas soluciones, ambas deficientes para la resolución de la crisis. Estas: la inflación i la deflación. Son dos neologismos elevados a tecnicismos de la ciencia económica..

Examinémoslos. La inflación —que se aplica al crédito i a la moneda circulante— peca por exceso. Es un método peligroso. Cuando se aplica al crédito, sin embargo, con exacta apreciación de la riqueza disponible i del trabajo a realizar, surte buenos efectos; i puede surtirlos cuando las emisiones de numerario no salvan la linde de la producción i del trabajo. Sus peligros inminentes corren parejas con sus reales o aparentes ventajas.

La deflación es la exagerada economía en todo, llevada al extremo. Por eso se le llama "método de la penitencia". Ese método consiste: en mantener el valor adquisitivo de la moneda sin fluctuaciones en el mercado; en abaratar el precio de los productos de consumo; en la cesantía de obreros i empleados o en la disminución de su número indispensable, con aumento de tiempo i de trabajo para los conservados en la diaria faena; en el paro i la consiguiente paralización de las diversas actividades de la industria, agraria o urbana, i por último, en la holganza de los sin empleos, que es una forma de la huelga del hambre. La deflación peca por defecto, i, al cabo, el resultado es negativo.

Por eso, sin duda, la inflación —i no la deflación— ha sido aplicada de preferencia i con pulso en aquellos países que para su crédito i su dicha, como alto ejemplo, tienen adquirida una avanzada organización económica i cuentan con una ordenada i pulcra administración pública.

Moisés Vincenzi —el notable escritor costarricense— ha venido hoi, precisamente cuando discuro acerca de esos métodos empíricos, a robustecer con su opinión i su concepto, ambos ilustrados, lo que acabo de escribir a ese respecto. Tengo a la vista un cuaderno impreso, con doce páginas, en el cual se trata de la reconstrucción económica de la mui noble república centroamericana —ni empleómana ni convulsiva— i el autor hace constar que, en último término, la deflación —que como se ha dicho, peca por defecto o por insuficiencia— sólo es aplicable a los países en que la agropecuaria es el nervio de la vida económica. Ello no ha sido óbice para que en Santo Domingo —lo mismo que en Costa Rica— se esté mal viviendo bajo el régimen de la deflación, método de la peniten-

cia, que es una agravante de la crítica situación de angustia i agonía creada en connivencia por el capitalismo, el latifundismo, el absentismo i la política del dólar.

No como una .figresión extemporánea ni tampoco como un paréntesis imprevisto, sino como una ampliación del tema estudiado por Enrique Jiménez, debe ser considerado cuanto acabo de exponer en relación con la crisis, en su aspecto pecuniario, i con los métodos contradictorios, u opuestos, ambos empíricos, empleados en diferentes países aunque no siempre con resultado satisfactorio.

Reanudo, con lo dicho, el hilo de mi discurso, a guisa de resumen, i afirmo que el estudio de índole económica, motivo de esta lectura, es algo más que un mero ensayo en torno i a fondo sobre la economía social americana. Es, ciertamente, digno de cálido encomio i merece ser tomado en serio, o ser tenido en cuenta, por quienes, en las islas del archipiélago colombino i en la faja continental del istmo canalizado, ocúpanse en las diversas actividades de la vida económica desde el punto de vista social o desde el punto de vista político.

El Gobierno Dominicano no debe ser el último en ponderar los elementos sociales de la crisis.

A esa orientación —a la vez nacional e internacional— responde serenamente el prólogo con que Manuel A. Peña Batlle abona la tesis i pondera el valor de ese estudio. Cabría decir que el concepto formado i emitido por el prologuista, como heraldo de una buena causa, es parte integrante de la meritoria monografía, como el ángulo complementario lo es del ángulo recto.

¡Bien haya quien, por tal modo i en ejercicio consciente de la ciudadanía dominicana —ya que todavía no en ejercicio de la ciudadanía indohispana o interamericana— aporta una contribución tan valiosa i estimable al desmedrado acervo de la Economía Social del Nuevo Mundo!

Este trabajo se publicó en la edición de marzo de la Revista de Derecho Internacional, que ve la luz en la Habana, y en una edición de abril de Barroco. Hoi se reproduce en este fascículo para su conocimiento por algunos de los lectores de Clío.